



OPINIÓN

CAUSA PERDIDA

Escribe: Richard Licetti

Editor de contenidos de medios virtuales

richard.licetti@upn.edu.pe

NO SÉ POR QUÉ, PERO QUIERO SER PRESIDENTE

No ha sido la historia capaz de establecer el recóndito impulso que cada cinco años anima en un grupo de peruanos la intención de afincar en Palacio de Gobierno. Se desconoce si por inspiración divina, acto de magia o lo que fuese, aparecen de repente personajes –unos con dilatada trayectoria y otros con temple oportunista– que aseguran poseer los bálsamos para los males habidos y por haber en los zarandeados pagos de este país.

Algún día ciencia más compleja deberá acometer una inmersión profunda en la misteriosa práctica de solicitar votos sin que quienes lo hacen sepan a cuento de qué. Porque eso –convertirse en presidentes de la República sin un propósito claro en el mejor caso, o con la subalterna misión de hurtar y joder las cosas en la mayoría de ellos– es lo que demuestra la experiencia reciente. Si alguna duda asomase, hagamos un breve recuento de los últimos treinta años.

Uno

Esgimir el Perú como doctrina tiene partes iguales de elevado lirismo como de riesgosa nadería. Sun Tzu abordó en el Arte de la guerra lo grave de equivocarse dos veces, y el romántico arquitecto que gobernó en dos periodos cometió sendas faltas. La primera vez los tildó de bandoleros y la segunda de abigeos. ¿Consecuencias? Dos décadas de violencia subversiva que costaron miles de vidas y miles de millones de dólares. Tras su paso por el poder dejó constancia de que bonhomía y espíritu poético pueden ser condiciones deseables y necesarias para gobernar, pero nunca suficientes.

Dos

Probablemente la antítesis de su predecesor en términos de personalidad: el primero inocente hasta el peligro y éste con ínfulas de predestinado. Teatral y locuaz, acostumbraba hablar desde los balcones y se regocijaba con los vítores de la multitud. Creyente él mismo y rodeado de devotos de las tesis de John Maynard Keynes, armó una artificiosa fiesta del consumo que apenas terminada hubo que pagar con creces. Si todo lo que hacía debía tener un lugar en la historia, el registro inflacionario que dejó no fue la excepción: 3,500% antes de despedirse a paso de polca.

Tres

De las varias migraciones que acogió el Perú, nítidamente la japonesa forjó una imagen de discreción, decoro y laboriosidad. En la última década del siglo XX un ingeniero agrónomo de raíces nipo-

nas echó mano de estas virtudes para encaramarse en un tractorcito y convencer a los peruanos de que fenotipo y genotipo se condicen. Pícara treta. Gobernó un periodo, dos y cuando pretendió un tercero las cosas acabaron como suelen acabar. Se le adjudica el haber derrotado a las plagas de su antecesor, pero al precio de una corruptela sideral. El eslogan con que se hizo del gobierno –“honradez, tecnología y trabajo”– podría acompañarlo en algún lugar del presidio en el que cumple una condena de 25 años.

Cuatro

Apelar a supuestos designios de los apus tiene iguales signos de vileza que el caso antes referido. Pero el oportunismo novo andino que esgrime reivindicaciones milenarias y se presenta como adalid de una cruzada contra los impuros, si con el aval de una consorte foránea que mastica el castellano, paga muy bien y conduce directamente al sillón de Pizarro. ¿Para qué? Vaya uno a saber. Aunque decretar la creación de regiones para abultar la burocracia y generarle costos al país, o invertir dinero de dudosa procedencia en inmuebles que luego se achacan a la familia política, o darse la gran vida con el pretexto del indigenismo, justifican de sobra un mandato presidencial.

Cinco

Retorno del segundo de la lista ya no a ritmo de vals, sino de festiva interpretación de Celia Cruz y al parecer con las compulsiones de sus años mozos bajo control. Si bien ha renunciado a sus inclinaciones intervencionistas, no está seguro de reformas indispensables que continúan postergadas. Crece el país pero pocas cosas cambian. En el balance una gestión tibia, ensombrecida por los indultos a narcos como en tómbola.

Seis

Inédita experiencia en la que el elegido presidente cede a plenitud el mandato a su mujer, y que probaría la maliciosa creencia popular de que en los cuarteles los pantalones los llevan ellas. Vayan y pasen este tipo de convenios particulares, pero lo que resulta imperdonable es que bajo la fachada de una sociedad conyugal de buena voluntad y comprometida se haya distraído el tiempo en cuestiones banales (ley de comida chatarra, por ejemplo) y perpetrado fechorías de calibre mayor. No hay gran transformación ni hoja de ruta que valga cuando la premisa es apuntalar el bolsillo propio sin importar que el país se vaya por el despeñadero.